

*Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando bajo tremolar su faz guerrera.*

*Es inútil que el ritmo de tus sienes
Marque el vigor de tu viril arroyo,
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes bingues en tu labio rojo.*

*Es inútil que henchido de coraje
Suelta la garra en pos de tu químera,
Como el león que acecha entre el bosque
Des al aire la ondeante cabellera.*

*Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura,
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.*

*Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vientos
De las más fuertes águilas caudales.*

*Es inútil que rufas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas.
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas”.*

El invariable enigma femenino se manifiesta de tal modo en su canto en uno de sus aspectos más hondos e imprevistos. Y para equiparar la magnitud y la sensación de su misterio, viene a mi memoria el caso de aquella admirable rusa, María Baskirsheff, no porque el ejemplo resulte análogo, ni por el modo literario de una y otra artista, ni tampoco por la posición moral de ambas frente al tema amatorio. Lo evoco, aunque diferente, por el espectáculo desconcertante que él también representa. María Baskirsheff, proclamada junto con Jorge Sand y Ada Negri, como al tipo completo de la mujer intelectual, fué algo así como “una Santa Teresa de la carne”. Vivió para la devoción y el éxtasis de su propio cuerpo. Idolátricamente ante su cuerpo, virginal y joven, prosternó su espíritu en todos los instantes de su vida, como si fuera una divinidad antigua. Y cuando presintió que llegaba el momento supremo de su existencia, vistió de rosas a su frente inspirada y de blanco a su cuerpo, para desposarse con la muerte.

Nuestra heroína cantó el amor muy lejos del simplicismo hoy de moda, y que detrás de su ingenuidad muchas veces “voulu”, no se oculta otra cosa que la medianía y la pobreza líricas. Cantó al amor en sonoridades ignotas y relampagueantes, coincidiendo a menudo su filosofía con la del lema wagneriano puesto al frente de uno de los dramas sinfónicos: “grande es la fuerza del que desea, pero más grande es la fuerza del que